

sobre ellos los hermosos pastos fertilizados periódicamente por las aguas de las avenidas y los lindes de los bosques donde abundaban los animales de caza. Á las visitas de los pastores y de los cazadores sucedió el establecimiento fijo de los cavadores del suelo, primero dispersos, después más aproximados, y de ese modo nació poco á poco y con elementos heterogéneos el pueblo de Egipto, al que la naturaleza tan original del país habitado y transformado por él asignó una misión distinta entre las naciones.

¡Cuántos siglos, contando quizá por centenas y por miles, transcurrirían antes que la raza nueva determinada por el medio especial del valle nilótico tomó carácter duradero! ¡Qué sucesión de esfuerzos, frecuentemente infructuosos, para acomodar los cultivos al suelo desigual, esponjoso, cortado por barrancos y pantanos para distribuirle en campos y surcos, para conciliar esos trabajos contradictorios en apariencia: proteger las viviendas contra las avenidas y solicitar la inundación para el riego de huertos y jardines! Una leyenda que simboliza las luchas del Egipto primitivo contra el indómito río, cuenta que Menes, el supuesto fundador del imperio, el constructor de los diques y cavador de los canales, fué devorado por un cocodrilo. Y es que, en efecto, hubo terribles retrocesos en la apropiación gradual de las inundaciones fluviales á las necesidades de la agricultura. Muchas generaciones perecieron en ese trabajo.

Á los vecinos más inmediatos del valle inferior del Nilo se mezclaron, sin duda, en tiempos muy remotos, representantes de todas las poblaciones de la cuenca fluvial, incluso negros, sea venidos como hombres libres, sea importados como esclavos, y no podían menos de desembarcar sobre el litoral, y de fundar en él colonias, los ribereños del Mediterráneo, pertenecientes á diversas naciones de navegantes, unos conservando durante mucho tiempo su individualidad distinta, otros siendo pronto absorbidos en la masa de la población. La historia escrita nos da algunos testimonios de esas inmigraciones por mar, como también nos refiere éxodos de procedencia asiática, que aportaban Semitas, Arias y hasta Mongoles. Entre esos visitantes del antiguo Egipto, los hay que los sabios han podido señalar como completamente distintos del tipo egipcio tal como se ha constituido en el curso de las edades.

Unas pinturas, descritas por Champollion ¹, pero desaparecidas después, prueban que los Egipcios dividían en razas la humanidad por ellos conocida. En la tumba de Meneptah, en Biban-et-Moluk, se podía distinguir hace ochenta años el Egipcio rojo, «el hombre por excelencia», el Asiático amarillo, el Negro y el Europeo, el hombre blanco que tiene «la nariz recta ó ligeramente encovada, los ojos azules, la barba rubia ó rojiza, la estatura alta y erguida, vestido de pieles de buey que conservan el pelo, verdadero salvaje taraceado en distintas partes del cuerpo». Las momias reales presentan tipos étnicos que difieren mucho unos de otros. Según Myer ², el esqueleto de Hennekht permite suponer un origen negro: Thutmos III podía, por el contrario, ser tomado por un Europeo.



Cl. Lekegian.

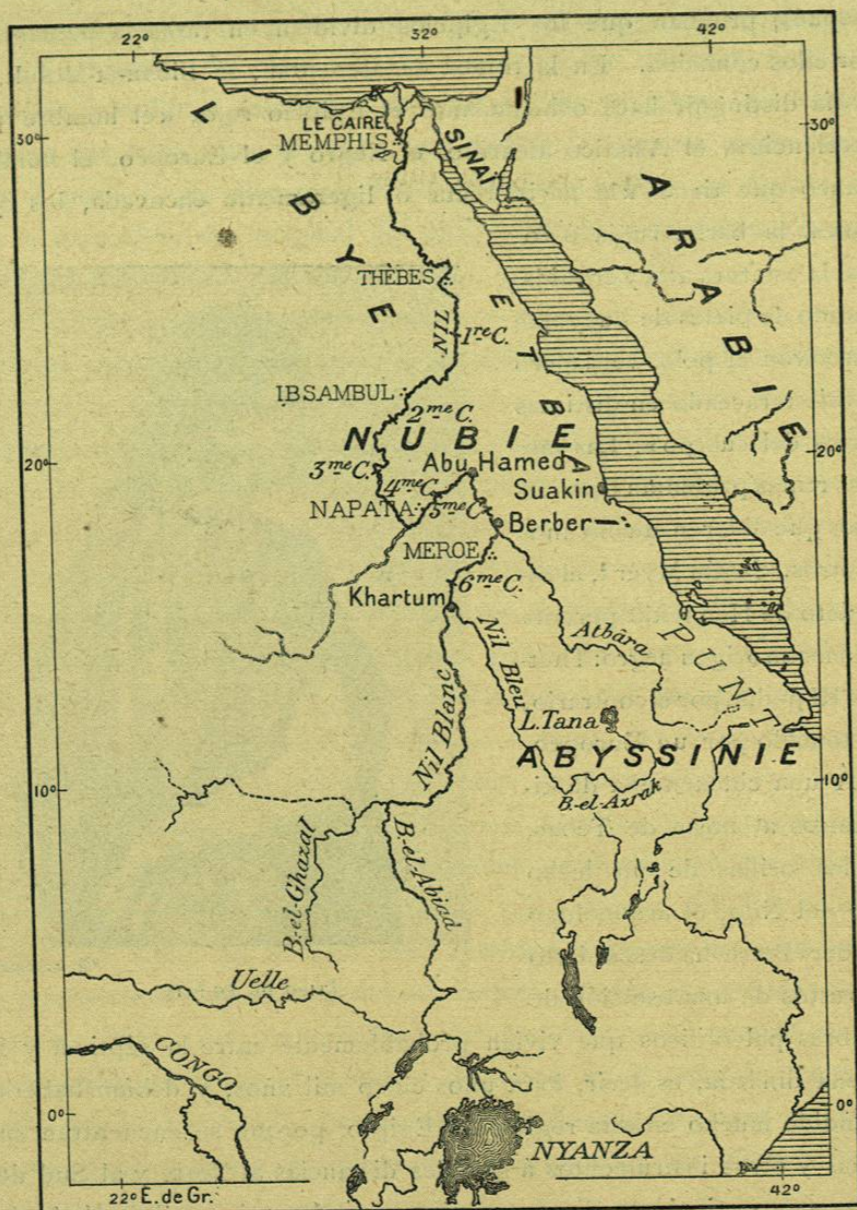
[TIPO DE EGIPCIA

Á una cincuentena de kilómetros al norte de Tebas, en las orillas de un lecho seco del Nilo, el arqueólogo Flinders Petrie ha descubierto los restos de una estación de hombres paleolíticos que vivían probablemente entre la séptima y la novena dinastía, es decir, hará unos cinco mil años, y debían haberse extendido mucho en esta región de Egipto, porque se encuentran sus flechas y otros instrumentos á grandes distancias al Norte y al Sud del campamento principal. Sin prognatismo, con la nariz aguileña, la barba larga y puntiaguda y la cabellera ondulada, no pertenecían seguramente á la raza negra. Quizá practicaban la antropofagia religiosa, ya que no podría explicarse de otro modo, porque faltan la cabeza y las manos á todos los cadáveres extraídos en las excavaciones. Á veces los

¹ *Lettres écrites d'Égypte*, citadas por Pietrement, «Société d'Anthropologie», 6, xii, 1883.

² *Man*, Octubre 1901.

N.º 132. Territorios de influencia egipcia.

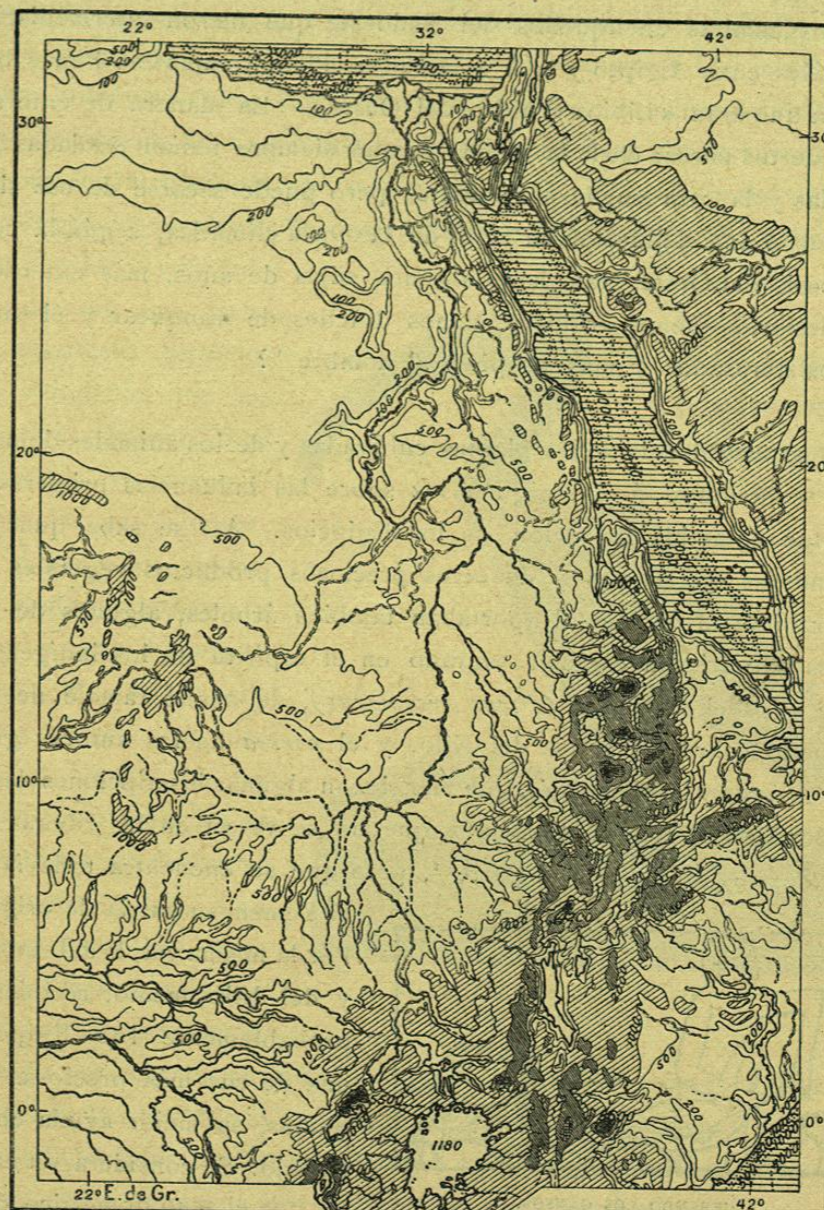


1 : 25 000 000
0 200 400 800 1200 Kil.

cuerpos estaban despedazados y se colocaban en montón, á un lado las costillas, al otro las vértebras ¹. Á pesar de sus sangrientos ritos,

¹ Edinburgh Royal Society.

N.º 133. Cuenca del Nilo.



1 : 25 000 000
0 200 400 800 1200 Kil.

esos desconocidos debían tener una civilización material bastante avanzada, á juzgar por su habilidad para torneear los vasos y para tallar en las piedras rudas efigies; pero no parece que hayan conocido la escri-

tura. ¿De dónde venían? Schweinfurth se inclina á considerarlos como Khamitas de aquellos del Sudoeste que fueron intermediarios naturales entre Egipto y la Arabia sud-occidental, mientras Petrie barrunta que eran «Libios venidos del Oeste». La manera de enterrar los muertos parece darle la razón, porque siempre tenían dobladas las rodillas y la cara vuelta á Poniente; pero puede sacarse de ese simple hecho una deducción en favor de la teoría climática, según la cual los oasis del Oeste eran, hace algunos miles de años, más extensos, los desiertos menos áridos y menos difíciles de franquear y el clima menos abrasador y más propicio al hombre¹?

La procedencia de las plantas cultivadas y de los animales domésticos contribuye á dar alguna luz sobre las influencias primeras á que fué sometida la nación de los Egipcios. Así se sabe que los mercaderes de aromas y de otros preciosos productos vegetales de la Arabia sud-occidental aportaban también árboles, algunos de los cuales adquirieron carácter sagrado en el espíritu de los indígenas: entre ellos el sicomoro (*Ficus sycomorus*), de ancho ramaje negro, inclinado sobre las aguas del Nilo, y el *persea* de los autores griegos (*Mimusops Schimperi*), que mencionan algunas inscripciones desde la época de la cuarta dinastía y que no se ve ya en las riberas del Nilo de tres siglos á esta parte², pero que se encuentra todavía en



CEBANDO LOS GANSOS,
SEGÚN UN BAJO-RELIEVE EGIPCIO

el Yemen, su patria de origen. Por la misma vía, la del Atbâra y del Nilo medio, recibieron probablemente los Egipcios una de sus más preciosas riquezas, su mejor ayuda en el trabajo. Se considera, en efecto, que el asno doméstico desciende del asno salvaje de la Nubia, y no del onagro de los desiertos de Siria y de Persia. El asno de patas rayadas (*Equus taenopioides Heuglin*), que saltaba sobre

¹ Oscar Fraas, *Aus dem Orient*.

² G. Schweinfurth, *De l'Origine des Egyptiens*, «Bulletin de la Société khédiviale de Géographie».

las rocas del Etbai, se hizo compañero del hombre en sus viajes á través de las soledades, y que tomó y toma todavía en Egipto una parte tan grande en la vida doméstica. En cuanto á los caballos de frente abultada, de los cuales han descendido los caballos barbados según Pietrement, debe atribuirse su introducción á los invasores turanos, quienes les introdujeron por la vía del istmo, al nordeste del delta¹.

Según el resultado de esas investigaciones zoológicas y botánicas, queda demostrado que Asia y África tuvieron una parte considerable en el desarrollo histórico de los Egipcios. Es indudable que los primeros animales que vivieron familiarmente con los egipcios, el perro, el gato, la gacela, la grulla de Numidia, los patos y los gansos, las grullas, cigüeñas y tórtolas eran de procedencia africana; pero desde las primeras épocas se observa en los monumentos egipcios la representación del buey, originario de Asia. Los bueyes de un bajo-relieve de Giseh, notabilísimos por la gran dimen-



EL IBIS SAGRADO

sión de sus cuernos en forma de lira, la altura del crucero y la oblicuidad de la línea dorsal que desciende del cuarto delantero á la grupa, son indudablemente bueyes asiáticos, y las equivocaciones en que se ha incurrido acerca de dos pretendidas razas bovinas en Egipto, proceden de que los arqueólogos han confundido los toros de la única especie con bueyes de cuernos cortos². Los carneros y las cabras, que fueron introducidas en edades antiguas de la civilización egip-

¹ *Revue de l'Etnographie*, t. III, 1884, ps. 369-388.

² Pietrement, *Les Chevaux dans les Temps préhistoriques et historiques*, «Bulletin de la Société d'Anthropologie» de Paris, 1896, ps. 657 y siguientes.

cia, son también de origen asiático y vinieron después del buey, pero antes de la introducción del caballo; el camello fué llevado á las orillas del Nilo durante un período de la historia relativamente reciente, á pesar de creerse hoy completamente indispensable como elemento de paisaje, y la gallina fué también una adquisición moderna, relativamente á la de los gansos y los patos. De ese modo Egipto se enriqueció sucesivamente con todas esas conquistas de primer orden en el mundo animal: pero desde sus orígenes parece haber poseído casi todas las plantas alimenticias que mencionan los antiguos autores.

Los más viejos monumentos que nos hayan legado los ribereños del Nilo apenas tienen setenta siglos, pero pertenecen á una época en que la civilización se hallaba tan notablemente desarrollada bajo ciertos aspectos, caracterizada por instituciones tan complejas, que se ha de admitir con toda exactitud una larga duración de cultura durante las edades anteriores¹. El crecimiento de una nación es muy lento, como la de una encina prodigiosa que extiende á lo lejos sus raíces en la profundidad de la tierra. Se puede, pues, atribuir á miles de años atrás los primeros trazados míticos en el sentido incierto de la protohistoria egipcia. Por lo demás, contra la opinión de ciertos especialistas que sostienen como artículo de fe la anterioridad de la civilización egipcia sobre toda otra, no se puede ya tratar separadamente de la antigüedad de los grupos nilóticos y mesopotámicos. La influencia caldea ha sido uno de los factores de la sociedad egipcia en sus orígenes y no se equivocaría mucho J. Oppert haciendo remontar más allá del décimo ó undécimo milenario antes de la era cristiana las primeras asociaciones humanas en las riberas del Eufrates.

Sin embargo, algunos cronólogos, hablando de la antigüedad inmemorial de la nación nilótica, han llegado á reducir mucho la duración de la monarquía egipcia, tal como la establecían los anales transmitidos por los sacerdotes y que la hace constar el gran sacerdote de Heliópolis, Manethon, para informar á su señor el Ptolomeo Filadelfo. La imposibilidad de abarcar con el pensamiento

¹ G. Maspero, *Histoire ancienne des Peuples de l'Orient classique*, p. 44.



LA TRILLA DEL TRIGO

Cl. Bonfils.

largos siglos de una historia á la que faltan todos los detalles, explica parcialmente esta abreviación curiosa; pero ha de añadirse también, respecto de algunos escritores, el deseo de subordinar las crónicas de un pueblo profano á la del pueblo sagrado de los Hebreos. Necesitan á toda costa encerrar la historia de Egipto en los tres ó cuatro mil años que, según las diversas versiones, los comentaristas de los libros judíos dicen haber transcurrido entre el diluvio y el nacimiento del Mesías, y si un historiador cristiano admite la veracidad de las listas de los reyes de Egipto, no puede conceder más de quinientos ó seiscientos años al pueblo egipcio para apropiarse el valle del Nilo elevándose hasta la civilización que produjo la esfinge de Giseh¹.

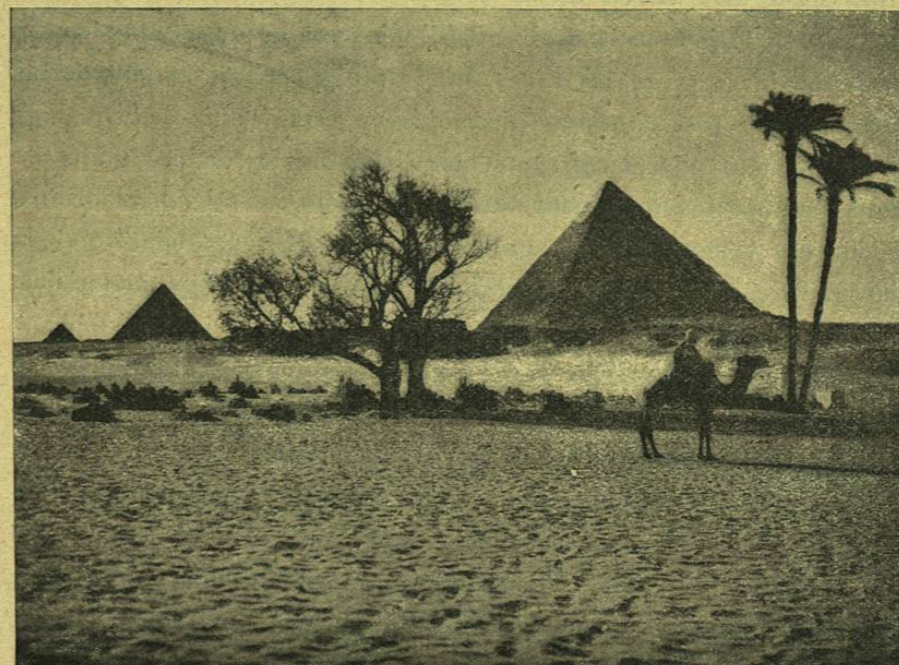
¹ L. J. Morié, *Histoire de l'Ethiopie*, I, ps. 50 y 51.

Tal es la causa de esta hipótesis que Manethon presentaría como sucesiva de las dinastías reinantes en la misma época en partes diferentes de Egipto; sin embargo, nada justifica esta suposición, que, según Brugsch, reduciría en quinientos años, y según Lepsius, en catorce siglos, la verdadera duración de las tablas de Manethon. La lista de los reinados, copiada por ese gran sacerdote, concuerda con la que da Eratóstenes y con inscripciones jeroglíficas, las de las ruinas del templo de Abidos, por ejemplo. Por lo demás, existen monumentos de arquitectura sobre los cuales un mismo rey se encuentra mencionado en comarcas distintas una de otra, precisamente donde se imaginaba que dinastías contemporáneas habían vivido independientes¹. No hay duda que Manethon se ha engañado más de una vez, pero no todos los errores están en el mismo sentido; porque si parece lógico admitir que la 17.^a dinastía, la primera del nuevo imperio tebano, era contemporánea de los últimos reyes pastores que combatió, es cierto que para la 7.^a y la 11.^a, las duraciones tradicionales de 70 días y de 43 años son insuficientes; los monumentos han revelado la existencia de veintidós reyes de esta última dinastía, de los cuales nueve eran Entef y seis Mentahotep, mientras Manethon sólo conocía dieciséis. Es, pues, perfectamente racional conceder valor histórico á la sucesión de los diversos personajes reales enumerados por Manethon como reinantes durante un período de cincuenta ó sesenta veces secular, ó sea exactamente 5833 años antes de la era vulgar de los cristianos².

Por largo que parezca este período, comparado con la duración del género humano según las leyendas judías, es evidentemente poca cosa en la evolución de un pueblo que había llegado á un grado muy alto de civilización y que sin embargo había vivido mucho tiempo, á veces, bajo el dominio de los sacerdotes, en períodos de desenvolvimiento lentísimo, estacionario y hasta regresivo. También los fastos egipcios admiten que antes de las dinastías humanas se pasaron muchos miles de años de protohistoria bajo el reinado de los héroes y de los dioses. Un precioso documento llamado «papiro de Turín», del nombre de la biblioteca donde está conservado, divide esos tiempos del antiguo Egipto en tres períodos que comprenden en junto más

¹ Ernest Renan, *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, ps. 32 y siguientes.

² G. Rodier, *Antiquité des Races humaines*, p. 11.



PIRÁMIDES DE GISEH

Cl. David Gardiner.

de diez mil años y simbolizan, sin duda, en el pensamiento de los analistas egipcios, el poder de las fuerzas primitivas de la tierra y del cielo. Los siete grandes dioses figurados por los siete astros por excelencia reinarían los primeros, después vendrían los doce dioses que presiden á los doce meses y los treinta semidioses correspondientes á los treinta días del mes; la dominación de esas fuerzas elementales estaba, pues, regida por los movimientos de los astros, lo que prueba que los sabios egipcios conocían la marcha del sol sobre el plano de la eclíptica. Si los períodos con que han alargado sus anales no corresponden á la historia de su propio país, por ignorar sus elementos, á lo menos refieren realmente la historia del cielo.

Poco tiempo después de la época de la protohistoria, mencionada en los anales de Manethon considerando á Menes como fundador de la primera dinastía en Menfis, cerca de la bifurcación de las bocas fluviales, la monarquía se hallaba bastante fuerte y poderosamente establecida sobre la servidumbre de todos para que los soberanos pudieran obligar á la construcción, dedicada á su gloria,